

Su trabajo sería perfecto si los mismos clientes no le impidieran hacerlo. Asomado al borde de la alberca, Joaquín se lo repite: ¿Cómo mantener limpio lo que no van a dejar de ensuciar? Observa la cama de agua, amplia y bien orientada en medio del jardín tupido, el ventanal corredizo del salón al fondo. Sondea el líquido bajo la capa de hojas amarillas. Ningún agua se ensucia tanto por sí misma en sólo tres días. Tendrá que dedicarle más tiempo al colado y al cepillado, retrasar la jornada, dar explicaciones al responsable.

Va al cuarto de máquinas, extrae el material de trabajo. Arma el cedazo en el extremo de la percha y con ella peina el líquido con trazos largos y suaves. Ese movimiento, apenas unos gestos, concentran su vida últimamente, reconfortan ahora su ánimo. Casi un año ya que se tuesta saneando el lujo de otros a costa de llevarse la mugre a casa. Un año también que tiene su dinerito regular, y eso: qué belleza. Tras el cedazo sumerge la barredora, sobre el piso la desliza una y otra vez.

Debe detenerse en varias ocasiones para destrabar el conducto de aspiración, del que retira objetos que son llanos insultos a su tarea: una pelota de beisbol, una lata de cerveza, una costilla de cerdo roída. Joaquín encaja y se anima: Hoy puede lidiar con eso y más. En la superficie del agua, espejo de sus frescos recuerdos, se insinúa de nuevo la imagen, la silueta que descubrió hace apenas unas semanas entre aquel laberinto de muros vigilados. Esta tarde, tal vez, la verá de nuevo.

El jardín está en silencio. Las apretadas frondas resguardan del sol, pero no del calor. Tras el barrido verterá el cloro y entonces podrá cerrar la faena, ir a comer sus tacos junto al río, dormir con suerte una siesta antes de encarar la clientela de la tarde. Pero la tranquilidad en un jardín como éste es pura ilusión. Está por aspirar el último rincón de azulejo terroso cuando la explosión de agua lo toma desprevenido. El estruendo y la ola le salpican cuerpo y temple, surge luego la carcajada idiota del sobrino de la clienta, el adolescente colorado que a veces ronda el patio y que ahora se tuerce de risa y se agarra la panza, mira entre lágrimas los patateos del *pointer* moteado que acaba de lanzar a la alberca y que ahora bambolea en el agua como una claraboya. El perro abre grandes los ojos, aprieta el hocico. Agita las pezuñas en dirección a la orilla opuesta. Joaquín sigue el esfuerzo torpe, su efecto sobre la película de tierra que ahora se levanta desde el fondo por barrer y

se dispersa de nuevo en el agua, como se expande en su propio ánimo una rabia lenta. Mantiene la mirada sobre el muchacho, trata de adivinar si su actitud es provocadora o sólo imbecil. Pero nada puede deducir de la risa bofa, los ojillos grises como extraviados. Algún efecto tiene tal vez su insistencia pues de pronto el sobrino deja de reír, lo mira con seriedad impostada, provocadora, para después, de nuevo sonriendo, desaparecer en dirección del portón de salida.

El perro abandona la idea de cruzar la alberca hacia el extremo más alejado y dobla hacia donde Joaquín lo mira con tristeza. Alcanza la orilla sin dejar de patallar, ni siquiera cuando el alberquero, apiadado, se inclina para sacarlo del agua. El animal es grande y pesado, lastima a su salvador con las pezuñas, que no dejan de girar como hélices hasta que Joaquín, rasguñado, logra ponerlo sobre el suelo. El *pointer* se sacude y riega su olor acedo, trota en pos del dueño. En la agitación del agua flotan pelos y pasto seco, suben y bajan con la superficie, donde la silueta negra de Joaquín lucha por fijarse.

La llegada de una enorme camioneta, su ingreso complicado en la cochera repleta de autos, le recuerda los servicios faltantes. La turbiedad tardará en asentarse. Para entonces él estará durmiendo bajo un sauce con la barriga llena. No llegará tarde a Viñas por culpa de un tarado. Guarda el material de trabajo y se dirige

a la salida. Junto al portón, el encargado y el sobrino charlan en tono apagado.

—Ya quedó. Dígale a la señora Gurdián que estaba bastante sucia hoy.

El encargado lo mira sin responder; el sobrino esboza una sonrisa macabra. El *pointer* mojado revuelca su alegría en la tierra suelta de una breve jardinera. Joaquín monta en su motocicleta y se pierde en la calle vacía.

Los burritos están fríos y el ansiado sauce junto al río se reduce a un naranjo sobre el camellón de una avenida. La siesta es un puño de minutos sobre el pasto, gastados en perseguir la imagen que desde hace unos días revolotea en su cerebro como un insecto de luz atrapado. Se ve a sí mismo en la casa de Viñas, un recuerdo insistente, un velo de rutina y hojas de ciruelo que por momentos se diluye y deja entrever una silueta piel de cobre, la toalla de colores que la envuelve, una sonrisa escamoteada bajo el sol. Recupera el efecto de aquella visión sobre su pulso, el ahogo que le dejó en los pulmones desde ese primer encuentro. Emerge de la duermevela siestera como un náufrago de la resaca. Sin perder tiempo sube a la moto.